PABLO VARGAS

ASTRATHIA II

LA COLONIA MALDITA

ÁUREA EDICIONES



Áurea Ediciones

CAPITULO 1
Alma rota

En el vacío desconocido se encontraba la SCT Astrathia, un navío colonizador de más de doce kilómetros de largo, que, el día de su primer vuelo, extravió su rumbo tras atravesar un agujero de gusano para poder llegar a su destino original, Proxima Century B, lo cual, al final, no terminó ocurriendo. Tanto colonos como tripulantes llamaron a ese día: el día de la catástrofe.

Sesenta y seis años después de aquel día ocurrió un incidente que involucró a los habitantes de la Colonia Tau, localizada hacia la popa de la nave, quienes habían luchado su larga guerra contra los caníbales que habitaban en las cubiertas de maquinarias de los motores. En esta guerra surgieron varios héroes, como el teniente Dhan Deket y el Sargento Eugenyus Dopter, militares valerosos que lideraron la última defensa. El ingeniero Tadeo Torres, quien, gracias a sus conocimientos técnicos sobre la nave, ayudó a los colonos a alcanzar la victoria. Harlow Han, el carismático gobernador de la Tau, que en el último momento de la batalla final apareció con los valiosos refuerzos que ayudaron a alcanzar la victoria. Pero ningún otro fue tan renombrado como la ingenie-

ÁUREA EDICIONES

ra y exploradora Samanta Luket, cuyas hazañas habían sobrepasado a las de cualquier otro habitante de la Tau o de la Astrathia misma, pero para ella, el costo a pagar fue muy alto y terrible.

Año 67 desde el día de la catástrofe.

Fredrick Donovan era un hombre de aspecto bondadoso, calmado y sereno, de movimientos lentos; su gran estatura imponía respeto, pero su rostro amigable e infantil invitaba a la confianza. Sus ojos azules se enmarcaban tras unos anteojos de cristales redondos y su cabellera rubia recortada y bien peinada hacia un costado, indicaban que era alguien bien educado y refinado. Llevaba puestas unas ropas grises y sobre estas una bata blanca que traía un brazalete con el signo de la cruz roja, evidenciando su labor como médico. Donovan venía en la caravana de mercaderes que hacían la ruta que unía las colonias de Wolf, Fox y Tau, mal llamadas las provincias de popa. Los viajes en caravanas eran la forma más segura de viajar por las entrañas de la nave, ya que los monstruos y los bandidos no atacaban a grupos armados grandes. Claro que los costos por integrarse a una caravana eran elevados, pues había que pagar a los mercenarios que las escoltaban. Usualmente, los mercenarios eran exmilitares confederados, la mayoría curtidos en los combates contra la Iglesia Roja durante la Guerra de los Veintiún Días, luchada en el año cincuenta y ocho, incluso había otros más veteranos, más viejos, que habían peleado en la Guerra de Independencia, luchada en el año cuarenta y dos. Eran muy duros y estaban muy bien armados. Donovan conocía a algunos de los mercenarios, pues él también era

ÁUREA EDICIONES

un confederado y también había prestado sus servicios durante la guerra contra la Iglesia, cumpliendo funciones como médico de combate.

Junto a Donovan venía otro hombre, más viejo y más bajo de estatura que él, aunque bien fornido, de hombros anchos, gruesos brazos y un pecho bien inflado y orgulloso. Usaba una barba encanecida bien recortada y delineada, vestía un uniforme negro con placas de keblar azules, el color distintivo de un militar del ejército confederado. A un costado del pecho se observaba un parche con su apellido: Ratukowsky. Y por las barras y estrellas que llevaba sobre sus hombros se podía saber que ostentaba el grado de coronel.

Ambos hombres iban sentados en uno de los carros autopropulsados destinado al transporte de pasajeros, aunque en aquel carro solo viajaban ellos y eran la envidia de los otros pasajeros que iban hacinados en el segundo carro de pasajeros que avanzaba detrás.

La caravana avanzaba lentamente por aquellos corredores de acero, fríos y grises, estrechos y llenos de complicados recovecos. Numerosas tuberías atravesaban el techo. De vez en cuando, se encontrabas dibujos groseros y coloridos pintados en las paredes, claro indicio de la proximidad de una colonia habitada.

—No lo he entendido bien, doctor Donovan —dijo Rajlan Ratukowsky—, la guerra está a punto de estallar en la zona central, y mientras yo me dedicaré a parlamentar con estos… —el coronel se detuvo un instante a buscar la palabra más adecuada—… provincianos, usted ha venido a buscar a una sola persona, ¿verdad? ¿Quién es esta persona tan importante, como para que un miem-

ÁLBEA EDICIONES

bro del SIC (Servicio de Inteligencia Confederada) como usted tenga que venir a visitarle?

—Pues una ingeniera llamada Samanta Luket, que es la máxima heroína de la Colonia Tau —dijo Fredrick Donovan con una sonrisa que le hacía brillar las mejillas regordetas—; su heroísmo también es reconocido en la Colonia Fox. De hecho, aunque no es conocimiento del dominio público, la Confederación le concedió una atención gratuita en el hospital de la Sigma en agradecimiento por sus servicios.

—¿Has dicho Samanta Luket? ¿Tiene algo que ver con Daron Luket?

—Así es, coronel, ella es su hija.

—Ya veo —dijo el militar perdiendo su vista en algún pensamiento—, ahora todo me cuadra.

—Lamento tener que decírselo ahora, coronel —dijo Donovan—, pero es información en extremo secreta, debía esperar a alejarnos lo suficiente de los territorios confederados para poder decírselo.

—Ustedes los del SIC y sus secretos —rezongó—. De modo que los rumores eran ciertos, el viejo Daron Luket tuvo una hija, pero exactamente, ¿qué fue lo que hizo esta chica para ganarse su admiración, doctor? ¿Qué fue eso tan heroico que hizo? Usualmente, los ingenieros son siempre unos cobardes.

—Entiendo que usted no lo sepa, coronel. Lamentablemente, con fines políticos, el SIC ha tratado de ocultarlo todo. Verá, hace ocho meses atrás, Samanta formó parte de una fallida expedición de cacería que se dirigía a la Cubierta de Refrigeración. La expedición fue atacada por centenares de caníbales, hubo una gran batalla y

ÁUREA EDICIONES

hubo muchas bajas, la expedición fue casi aniquilada, solo un puñado de colonos consiguió salvarse y volver a la Tau. Pero Samanta cayó herida durante el combate y fue dada por muerta por sus compañeros, quienes la abandonaron en el campo de batalla. Los caníbales la capturaron y la llevaron a los motores junto a los otros colonos heridos. Usted sabrá muy bien que los caníbales han instalado su imperio allí, y que de allí nadie escapa, y es imposible realizar una misión de rescate. Además, también sabrá usted, coronel, que al igual que las ruinas de la Colonia Omega, los motores son militarmente imposibles de invadir. Pero de alguna forma, esta chica consiguió escapar. Dicen que tuvo que dar un rodeo de más de cuatro kilómetros por toda la popa de la nave antes de llegar a la Tau. Durante el camino se enfrentó a manadas de kuddas, bandas de piratas y hasta se dice que tuvo que enfrentar a un gulut. Por otro lado, había surgido un catastrófico problema en la Cubierta de Refrigeración: los sistemas se habían visto seriamente dañados durante la batalla librada en aquella cubierta, lo que provocó un fallo que causó un sobrecalentamiento en el Reactor-2, que pudo haber terminado en su total destrucción, provocando una explosión termonuclear que hubiera destruido toda la nave matando a sus doce mil habitantes.

"La Tau buscó por todos los medios llegar hasta la cubierta de Refrigeración para poder reparar los sistemas dañados, pero fracasó, perdiendo a muchos buenos hombres en ello. Cuando todo parecía perdido, fue la misma Samanta Luket, quien dedujo por sí misma lo que estaba pasando y consiguió colarse en la Cubierta de

ÁUREA EDICIONES

Refrigeración y reparar los sistemas dañados, evitando la explosión del reactor y, por ende, evitando la destrucción total de la Astrathia. Después, la ingeniera descubriría que los caníbales estaban reuniendo una enorme fuerza de invasión para lanzar un masivo ataque sorpresa sobre las desprevenidas colonias provincianas. Al final, la chica consiguió regresar tras haber estado más de una semana vagando por la popa de la nave, a tiempo para dar aviso sobre la inminente invasión del ejército de caníbales. Así, la Tau y la Fox tuvieron tiempo para armar las defensas y detener a los salvajes. Dicen que, cuando la chica apareció, estaba más muerta que viva: con fiebre por sus numerosas heridas, desnutrida y anémica por la pérdida de sangre. Cuando la batalla comenzó, el mismísimo rey de los caníbales se abrió paso entre los colonos defensores, matando a muchos militares y civiles, nadie pudo detenerlo. Samanta se enfrentó a él, debilitada por sus heridas, y aun así consiguió darle muerte.

—¡Ella fue quien asesinó a ese loco hijo del demonio! —exclamó Rajlan Ratukowsky impactado.

Entonces Fredrick Donovan hizo una pausa para estirar el cuello: al fondo del pasillo se veían las puertas blindadas de la Colonia Tau. El doctor entonces se volvió hacia el coronel para continuar con su relato.

—Gracias a ella —prosiguió—, ahora contamos con la información de la vida de los caníbales; sus costumbres, su cultura, lo que sucede con los prisioneros, lo que les hacen a las mujeres, lo que les hacen a los hombres, su organización, todo. Esa chica es alucinante.

—Muy impresionante, doctor —dijo Rajlan Ratukowsky intentando moderar su asombro—, casi diría

AURELIA EDICIONES

que se trata de una leyenda adornada de fantasía heroica.

—No, no, no. Nada de eso, coronel —rio Fredrick Donovan mientras se acomodaba los anteojos—, todo eso ocurrió de verdad.

Rajlan Ratukowsky se acomodó en su asiento, mirando con el ceño fruncido a su compañero, y luego se inclinó hacia él para susurrarle.

—Entiendo su admiración por esa niña, doctor, pero le recuerdo que estamos aquí por otros asuntos.

—Sí, sí, lo sé. —Fredrick Donovan se inclinó hacia su compañero también y le contestó en susurros—. ¿Es que no lo ve, coronel? Esta chica es la más indicada para llevar a cabo nuestra misión. Y aunque jamás la he visto, confío en ella tanto como usted confía en sus hombres.

Rajlan carraspeó, miró a su alrededor y se volvió a acomodar en su asiento.

—Doctor —dijo en tono más serio—, ¿entiende usted que si esta niña se niega a ayudarnos podría poner en riesgo nuestra misión?

—Samanta Luket no será capaz de negarse. Confíe en mí.

Cuando la caravana llegó ante las puertas blindadas de la colonia, los carros se detuvieron. El jefe de la caravana se acercó al comunicador de la puerta principal para anunciar su llegada, entonces los pasajeros comenzaron a bajarse de los carros para estirar las piernas, mientras los mercenarios de la escolta protegían la retaguardia.

—Le deseo suerte con la joven Luket, doctor —dijo Rajlan Ratukowsky levantándose y estrechándole la mano—, confío en que un miembro del SIC no fallará en su cometido.

ÁUREA EDICIONES